

De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones **BISTAGNE**
ha puesto a la venta una
nueva publicación semanal
dedicada a los niños, pero
que los propios padres leerán
con deleite, cuyo título es:

EL CUENTO SELECTO

Su precio es de 15 céntimos
y todos los asuntos que se publiquen
tendrán un alto valor
educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!

LA NOVELA SE CINEMATOGRAFICA

N.º 443

25 CTS.



**Hambre
de amor**

POR
Lois Moran
y Lawrence
Gray

FilmoTeca
de Catalunya



BEAUDINE, William

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 443

Irresistible Lover, 1922

Hambre de amor

Delicioso asunto

Interpretado por

Loís Moran, Lawrence Gray

y Marjorie Beebo

i Gertrude Astor

Film lexicon MORAN



EXCLUSIVA DE

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
PAUL VINCENTI

Hambre de amor

Argumento de la película

I

John Robert era un probo empleado que llevaba más de la mitad de su vida trabajando en una gran entidad, sin que la menor falta empañara su hoja de servicios.

Su esposa, mujer nacida para la dulzura y para la resignación, alquilaba habitaciones de su piso para que los huéspedes le ayudaran a pagar el alquiler.

Ahora sólo tenía uno, el joven escritor Tomás Randall, muchacho tan honrado y discreto que se había captado rápidamente las simpatías de los dueños de la casa.

Una tarde la señora de Robert recibió el siguiente telegrama:

Querida mamá: Compañía suspendió funciones. Llegaré hoy con mi amiga. Abrazos.

Juana.

La señora de Robert se alegró, a pesar de lo que la llegada de su hija representaba.

Si su hija no tenía trabajo, significaba que no tenía ingresos. Y buenos estaban ellos para dar en vez de recibir.

La amiga que mencionaba en el telegrama era una joven huérfana que no se había separado de su hija desde que ésta comenzara a probar fortuna en el teatro. Ella fué la que le consiguió el primer contrato.

“Lo doy todo por bien empleado con tal de volver a ver a mi hija”, se dijo la señora de Robert.

* * *

Llegaron a poco el dueño de la casa, Juan Robert, y el huésped Tomás Randall.

Este acababa de recibir un sobre de mano del portero.

—Seguramente, me devuelven otra vez el artículo que esta temporada ha recorrido todos los periódicos. Pronto será el artículo que dió la vuelta a América del Norte.

Pero abrió el sobre y vió que al artículo acompañaba una carta concebida en estos términos:

Estimado Sr. Randall.

Tendremos mucho gusto en publicar su artículo titulado “De cómo sostener una esposa con un sueldo de 40 dólares al mes”, si se sirve corregirlo de acuerdo con las sugerencias anotadas al margen de las cuartillas, mandándonos al propio tiempo otro artículo que se titule “¡Im-

posible!" y cuyo tema comprenderá usted sin necesidad de explicaciones.

Quedamos de usted attos. y s. s.

q. e. s. m.

"Revista de Variedades".

No es para dicha la alegría que recibió Tomás.

—¡Me han aceptado el artículo, señor Roberts! Pronto me verán ustedes en automóvil.

Y corrió hacia su cuarto, que estaba en el primer piso y se sentó a la máquina para comenzar a corregir el artículo, *de acuerdo con las sugerencias anotadas al margen de las cuartillas.*

* * *

También el señor Roberts tenía una carta en el bolsillo, muy interesante y halagüeña, y se apresuró a ir a mostrársela a su mujer:

La carta decía así:

Estimado señor Roberts.

Como recompensa a sus 25 años de fieles servicios prestados a esta Compañía, nuestra nueva directiva ha decidido presentar a usted una prueba de su estimación y reconocimiento, prueba que pondrá en sus manos el jueves próximo, a las cinco de la tarde.

Editorial Tourne

El gerente,

T. J. Walker.

—¡Qué felicidad, Juan! — exclamó la buena mujer—. Esto quiere decir que te van a hacer un regalo. Ahora sí que no vamos a dejar mar-

char a Juanita. Que deje el teatro. Lo que le hace falta es encontrar un buen marido, un hombre que sea honrado y trabajador como tú.

—¿Acaso viene Juanita?

—Sí, eso dice en un telegrama que de ella he recibido.

—Hoy, pues, es día de fiesta para nosotros. Además de estas dos alegrías, tenemos la de que hoy ha sido día de cobro.

—Entonces vamos en seguida a hacer las compras que teníamos en proyecto. Cuanto antes, mejor.

—Es verdad. Para luego es tarde.

Se arreglaron y, antes de salir, la señora de Roberts dijo desde el pie de la escalera:

—¡Tomás! He publicado un anuncio ofreciendo la habitación del centro. Si alguien viene a alquilarla mientras yo estoy fuera, hágame el favor de atenderlo.

Tomás había dejado de escribir para atender a la buena señora de Roberts.

—Vaya usted tranquila. Defenderé sus intereses.

Bien había comenzado la tarde en casa de Juan Roberts.

II

Juana Roberts y su amiga Mary "la Rubiales" eran dos artistas que distaban mucho de satisfacer al público y, menos aún, a los empresarios.

Juanita tenía cara de colegiala. Se veía a la legua que no le tiraba el arte escénico y que prefería la paz del hogar al bullicio artístico,

aunque se empeñara en hacer ver lo contrario.

No había en su rostro huella de pintura. No había en ella nada que acusara a la descocada mujer de teatro.

Su amiga "Rubiales" era ya otra cosa. Aunque muy generosa y sensible en el fondo, hubiera sido capaz de cualquier atrocidad por un automóvil de ocho asientos y, acaso, acaso por una motocicleta. Pero la pobrecita no era todo lo bella que una artista de teatro debe ser y había de apachugar con los papeles grotescos que invariablemente le destinaban.

Estas eran las dos muchachas que, según telegrama recibido por la señora de Roberts, habían de llegar aquel mismo día.

* * *

Estaba Tomás luchando encarnizadamente con el párrafo más difícil de su artículo, cuando sonó el timbre de la puerta.

Muy contrariado, dejó la máquina y fué a abrir.

Al ver a Juanita y a la "Rubiales" comprendió que se trataba de dos muchachas que iban a ver la habitación del centro. Tomás era el Sherlock Holmes deduciendo.

Estuvo muy fino.

—Vienen ustedes a ver la habitación, ¿verdad? Pasen, pasen. Están ustedes en su casa.

Juanita hizo a la "Rubiales" un guiño de inteligencia y respondió:

—Sí, señor; venimos a ver la habitación. ¿Acaso no está en casa la señora de Roberts?

—No, señorita. En la casa no hay nadie más

que yo, pero puedo enseñarles el cuarto. Pasen... vengan por aquí...

Aprovechando la circunstancia de que Tomás se había distanciado de ellas, Juanita explicó a "Rubiales":

—Es el huésped de que mamá me hablaba en todas sus cartas. Vamos a reírnos un rato a su costa. Parece muy presuntuoso y a los hombres así no los puedo tragar.

Llegaron a la habitación.

—Esta es la habitación.

—¿Su precio?

—Su precio son doce dólares, pero como no tienen ustedes cara de personas ricas se la dejaré por diez.

—Oiga usted, Vanderbilt—replicó amoscada la "Rubiales"—, nuestra cara será de pobres, pero la de usted es cara hasta por cincuenta centavos.

—No he querido ofenderlas. Perdónenme.

—Supongo que nos lavará usted la ropa por diez dólares.

Esto unido a que en el equipaje de "Rubiales" había visto un rotulito que rezaba: "Artista de teatro", fué causa de que toda la galantería de Tomás se desvaneciera en un segundo.

—Yo no lavo nada, señorita: sólo mi cara.

—Nadie lo diría.

—Además, hay una condición. Los diez dólares han de pagarse por adelantado.

Juanita, que había visto a Tomás mirar hacia el equipaje, dijo:

—¿Acaso no tiene usted confianza en las artistas?

—No es desconfianza, señorita. Es que... va-

mos... usted ya me comprende... Por lo demás, todos mis respetos para el arte escénico. La hija de la dueña de la casa es del gremio de ustedes.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Cómo se llama?

Tomás se echó a reír.

—Es inútil que lo diga porque no la conocerán ustedes. Tiene menos fama que un aprendiz de carpintero.

Juanita se puso muy seria y "Rubiales" se echó a reír.

—Tiene mucha gracia... Y diga usted: ¿cómo es, ¿bonita o fea?

Tomás se llevó las manos a la cabeza.

—El esperpento mayor que he visto en mi vida. Ahora la verán.

Se fué y volvió con un retrato de cuando Juanita tenía once años.

Por debajo de la faldilla le salían las puntillas de los pantalones. Llevaba unas medias a listas y el pelo recogido por un lado. Más que pelo parecía una cresta.

"Rubiales", al ver aquello, se desternilló de risa.

—Después de esto—dijo Tomás—, nadie me negará que descendemos del mono.

Se fué a colgar el cuadro, pero el clavo se había caído y lo dejó al lado de la escalera, apoyado contra la pared.

Mientras, Juanita daba suelta a su enojo.

—A ese tipo lo voy a fastidiar yo.

Y cuando regresó Tomás, le dijo:

—La habitación nos gusta, pero la disposición del mobiliario no.

—Eso tiene fácil arreglo.

—Siendo así... ¿quiere usted poner ese sillón al lado de la cama?

El sillón pesaba cerca de media tonelada. Tomás se vió negro para trasladarlo de un lado a otro.



Se fué y volvió con un retrato de cuando Juanita tenía once años.

Después entró en turno la cama y las mesillas de noche, después, el armario.

Una de las veces que Tomás se inclinó se oyó ese ruido característico de la ropa al desgarrarse.

Tomás dió un salto y salió corriendo de la habitación, para buscar el roto en los pantalones.

No encontró roto ninguno, y, al volver a la habitación, pudo ver el verdadero motivo de aquel ruido alarmante.

Juanita mostraba a la "Rubiales" un trozo de tela desgarrada y las dos muchachas reían.

Tomás irrumpió en la habitación enfurecido.

—¿De modo que estamos de broma? Pues ahora verán ustedes lo que hago yo con los bromistas.

Cogió las maletas y las echó escaleras abajo. Después asió por un brazo a Juanita y a la "Rubiales" y las arrastró hacia la puerta.

Pero en este momento la puerta se abrió y entraron los señores de Roberts.

—¡Hija mía!

—¡Mamá!

Y Juanita se echó en los brazos de la señora de Roberts.

Tomás quedó un momento estupefacto. Después echó a correr escaleras arriba y se metió en su cuarto, cerrándose por dentro con dos vueltas de llave.

III

Todos los miembros de la casa Towne estaban sentados alrededor de una gran mesa.

La importante entidad iba a premiar a Roberts sus buenos y largos servicios.

El señor Roberts estaba rodeado de su esposa, su hija, y su amigo Tomás.

Después de un enfático discurso, el gerente hizo entrega al señor Roberts de un estuche.

—Este es el regalo de sus compañeros, señor Roberts.

El digno empleado abrió el estuche y vió que contenía una hermosa medalla de cobre.

El estuche pasó de mano en mano, en tanto



Cogió las maletas y...

el señor Roberts pronunciaba palabras de gratitud.

Después el mismo gerente le entregó un sobre.

—Y este es el obsequio personal de nuestro presidente.

El señor Roberts comenzó a desgarrar el sobre procurando disimular su emoción.

¿Quinientos? ¿Mil?

También la señora de Roberts miraba ansiosamente.

Y he aquí que lo que el probo empleado extrajo del sobre fué simplemente un papel que decía:

Sirve el presente documento para atestiguar que yo, presidente de la Casa Editorial Towne, agradezco los servicios del empleado Juan Roberts."

La familia Roberts recibió la desilusión consiguiente. ¡Treinta años de buenos servicios para aquello!

El señor Roberts comenzó su discurso de gracias. Pero no pudo terminarlo. Una hora después había consejo y había de estar la sala limpia.

Así lo manifestó, y no con muy buenos modos, el encargado de la limpieza.

* * *

Como de costumbre, Tomás se dirigió a la cocina con el paquete de su cena, lo dejó sobre la mesa y se fué a su cuarto a cambiarse de ropa.

Segundos después, entraron en la casa Juanita y la "Rubiales". Estaban de un humor de mil demonios. La compañía no reanudaba sus funciones, y ellas tenían un apetito, que en modo alguno podía saciarse con las existencias de la casa Roberts.

—Me parece que no voy a cambiar de sombrero en todo el año.

—Eso es lo de menos. Con tal de que en la

despensa haya algo ya me daría yo por satisfecha.

Y se dirigieron a la cocina y comenzaron a revolver en ollas y platos.

¡Nada! No había nada.

Juanita se resignó fácilmente. Preparó la tabla de planchar y colocó sobre ella unas prendas.

Pero la "Rubiales" no daba su brazo a torcer. O encontraba algo o se comería las patas de la mesa.

Dió un grito.

—¡Aquí hay comida!

Había dado con el paquete que Tomás se dejara sobre la mesa. Lo destapó y comenzó a extraer los manjares.

Aquello era el delirio. Hasta jamón había.

Acudió Juanita al lado de la mesa y comenzó a disponer sobre ella los diversos platos de que el menú se componía.

Y ya se habían sentado, ya se disponían a dar gusto al estómago, cuando se presentó Tomás.

—Hagan el favor de no tocar mis cosas.

Juanita, avergonzada de la equivocación, se fué hacia la tabla de planchar.

La "Rubiales" puso la misma cara que si le hubieran arrancado de pronto el estómago de un zarpazo.

Otra vez los tres juntos. Otra vez enemigos. Aquella casa comenzaba a convertirse en la frontera ruso-china.

* * *

Tomás se calentó las judías y comenzó a comer mientras Juanita planchaba y la "Rubiales" miraba al comensal con avidez.

Tomás había sacado del bolsillo el artículo, corregido ya y lo releía al mismo tiempo que cenaba.

A la "Rubiales" se le agrandaban los ojos.

—¡Qué ricas son las judías!, ¿verdad?

Tomás se encogió de hombros por toda respuesta y continuó comiendo y leyendo el artículo.

—¿Es serrano ese jamón?

—Sí.

Y después:

—Ahora dan muy buena cerveza, ¿verdad?

—Le agradeceré, señorita, que no vuelva a interrumpirme. ¿No ve usted que estoy ocupado?

Pero la "Rubiales" no estaba dispuesta a separarse de aquella mesa que en aquel momento valía para ella más que el escaparate de una joyería.

Cogió una de las cuartillas que Tomás se había dejado sobre la mesa y leyó:

De cómo mantener una esposa con cuarenta dólares al mes.

—¡Qué bonito! ¿Va usted a hacer una novela? Una vez leí una que hablaba de un rey y un carbonero. ¿Tiene también carbonero su libro?

Tomás se mostraba cada vez más impaciente. Cometió la desatención de no contestar a las preguntas de la "Rubiales". Pero ella no se inmutó y comenzó a leer en voz alta el artículo.

—Es precioso, ¿verdad?—preguntó a Juanita que no dejó de prestar atención.

—A mí no puede parecerme preciosa una cosa falsa.

—No digas eso, Juanita—replicó la "Rubiales", que deseaba simpatizar con Randall antes de que diera fin a la cena.

—Completamente falso—insistió Juanita—. Se habla en ese artículo de una vida dulce y tranquila en medio de la escasez... de una escasez de 40 dólares mensuales. Por muy bien administrados que sean esos 40 dólares, ¿crees, Mary, que se puede vivir dulcemente?

—Claro que sí—repuso Tomás sin poder contenerse.

—¿Qué va a decir usted? Usted no tiene más remedio que defender la tesis de su artículo, y es posible que la defensa sea muy elocuente. Pero eso no restará a su hipótesis un átomo de falsedad.

—Le aseguro a usted—insistió Tomás levantándose y yéndose al lado de Juanita—que con cuarenta dólares no sólo se puede vivir, sino vivir felizmente.

—Es inútil que trate usted de convencerme, señor Randall. Tengo el ejemplo bien cerca. Ahí tiene usted a mi padre. Treinta años trabajando honradamente para recibir una medalla de cobre. ¿Es eso la felicidad?

—¿Por qué no? Su padre de usted tuvo la suerte de hallar la mujer indispensable para ser feliz con poco dinero. Ya habrá visto usted que en mi artículo hablo de esa condición, de la condición de encontrar una mujer que no tenga delirios de grandeza. Precisamente esa mujer la halló su padre y por eso ha sido feliz. Su vida se desliza apaciblemente, llena de una paz que no se logra con riquezas, llena de un mutuo afecto que es la perfección suma en los amores

conyugales. Creo que ha elegido usted un mal ejemplo, Juanita.

—Está usted en un error, señor Randall. Mis padres han sido felices con su mutuo amor y con su perfecta bondad, pero esa felicidad se ha visto turbada muchas veces por la llamada del casero, por la falta de aceite para hacer la comida y por otros muchos inconvenientes que llevan consigo los cuarenta o cincuenta dólares mensuales.

—Me parece que estás equivocada, Juanita—dijo la “Rubiales” cogiendo el plato de las judías que Tomás había dejado casi lleno y comenzando a comer.

—¡Naturalmente que está equivocada!—convino Tomás.

—Equivocada o no, no haré la tontería de casarme con un hombre pobre para traer a casa más miseria de la que hay.

—¿Se casará usted con un hombre rico?

—Si puedo, sí.

—¿De modo que usted no duda de que un hombre rico ha de darle la felicidad?

—¡Cuando menos, tendré con él el 90 por 100 de probabilidades de ser feliz!

—Yo, en cambio, creo que tiene el 99 por 100 de probabilidades de ser desgraciada.

—¡Y yo!—convino la “Rubiales”, metiéndose en la boca un tarugo de jamón.

—¡Ojalá encontrara mañana mismo el hombre rico que necesito y necesitan mis padres!

—¿Quiere usted un hombre rico?—preguntó Tomás resueltamente.

—Sí, señor, ahora mismo.

—Pues yo se lo proporcionaré. Mañana al

morzaremos con Leoncio León. Su padre es uno de los banqueros más fuertes de Norteamérica.

—Aceptado y agradecida. Pero dígame usted: ¿qué interés tiene en que me case con un hombre rico?

—El de saber la verdad de un modo indudable. Si usted es feliz, sólo con que usted se decida a casarse con él después de un mes de relaciones, yo habré de cambiar radicalmente y escribiré otro artículo que se titule: “Con cuarenta duros al mes no se puede ser feliz”.

—De acuerdo. Ahí va mi mano.

—Y la mía—dijo la “Rubiales”.

Y como la tenía ocupada por un pedazo de queso, tuvo que llevárselo a la boca con corteza y todo.

IV

Apareció Leoncio. No era mal parecido, pero todo en él pregonaba vacuidad.

Hablaba mucho y sabía mover los brazos con mucha distinción. Pero sus ideas parecían estancadas.

Tomás dijo en seguida que tenía una cita urgente y dejó solos a sus amigos.

Estaban en un restaurante de moda. Leoncio y Juanita se enredaron en seguida a hablar y la “Rubiales” aprovechó su aislamiento para engullir a dos carrillos.

Como Leoncio no tenía apetito, la “Rubiales”, para que no hiciera el ridículo dejándose-lo todo en el plato se comió su cubierto y el de él.

De pronto se presentó el botones. En la puerta esperaban al señor Leoncio.

—Un segundo, amigas mías. Vuelvo en seguida.

Salió y vió que era un guardia el que le llamaba.

—¿Es de usted este automóvil?

—Sí, señor.

—¿Por qué lo ha dejado usted junto a una boca de riego? Quítelo inmediatamente.

—¿Sabe usted quién soy yo?—preguntó Leoncio con arrogancia.

Y el guardia, que, fiel cumplidor de su deber, sabía respetar el principio de autoridad, lo cogió de un brazo y lo arrastró hacia el automóvil haciéndole ocupar su puesto de conductor.

—En seguida voy a saber quién es usted... cuando el juez se lo pregunte.

Y Leoncio no tuvo más remedio que poner el coche en marcha en dirección del juzgado de guardia.

* * *

En el restaurante de moda comenzó a desarrollarse la tragedia consiguiente.

Fué pasando el tiempo y Leoncio no volvía.

El restaurante se fué vaciando y el camarero comenzó a mostrarse receloso.

Depositó la cuenta al lado de la "Rubiales" y ésta estuvo a punto de desvanecerse.

—Trece dólares—dijo a Juanita sonriendo.

—¡Qué barato!—repuso Juanita en el mismo tono.

—Traiga usted más café.

El café significaba diez minutos de tregua.

Pero los diez minutos transcurrieron y hubo que pedir otro café, y otro, y otro, y otro.

Pero llegó un momento en que el dueño del restaurante se negó a servirles si no pagaban y hubieron de confesar lo que les había sucedido.

Reunieron todo lo que tenían entre las dos, un dólar y medio y la "Rubiales" añadió su reloj de pulsera. No marchaba, pero era de oro. Por eso fué aceptado por el dueño del restaurante.

La vuelta a casa fué epopéyica. Cada una llavaba en el cuerpo un barril de café.

Tardaron dos horas y media en llegar a casa, aunque ésta no estaba muy lejos.

* * *

A la mañana siguiente la "Rubiales" se apresuró a dar a Tomás la noticia poniéndole como un trapo.

—Cuando tenga usted algún amigo hambriento no nos lo endose a nosotras: lo manda usted a un asilo.

—No me explico qué pudo sucederle—replicó Tomás asombrado—. Pero no se preocupe usted. Yo les daré los quince dólares y asunto concluido. Así, podrá ir usted a recoger su reloj.

Recibió la "Rubiales" los quince dólares, pero no por eso dejó de seguir insultando a Tomás.

Y Tomás acabó por enfadarse y le quitó los quince dólares.

—¿Conque un majadero, eh? Ahora no tendrá motivo para llamármelo. ¡Vayan ustedes a explotar a Rokefeller.

Y la dejó plantada en el pasillo, que era donde

se hallaban, dándole con la puerta de su cuarto en las narices.

“La Rubiales” le puso como un trapo desde la puerta, pero parece ser que Tomás se tapó los



La vuelta a casa fué epopéyica.

oídos con una arroba de algodón porque se le oyó silbar y cantar tranquilamente.

Poco después se presentó Leoncio con dos cajas llenas de flores.

* * *

Devolvió el relojito a la “Rubiales”, entregó las flores a Juanita y les pidió mil perdones a las dos.

Después se empeñó en que Juanita le acompañara a cenar. Durante la cena le explicaría detalladamente todo lo ocurrido.

Y Juanita le vió tan sinceramente contrariado, se expresaba Leoncio con tanta corrección y caballerosidad, que no tuvo valor para rechazar su ofrecimiento a pesar de que guardaba tan mal recuerdo de su primera cena con un muchacho rico.

V

A nadie puede extrañar lo que ocurrió con el transcurso de los días.

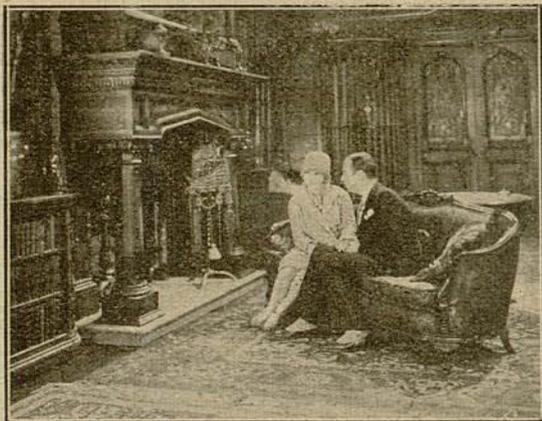
Juanita, a pesar de su empeño de casarse con un hombre rico—empeño que no sabemos tuviera otro objetivo que el de salvar a sus padres de una vejez angustiosa—era un alma toda pureza y abnegación.

La nobleza y la espiritualidad de Tomás eran también evidentes. Y uno y otro fueron viendo estas hermosas realidades y se fueron enamorando.

Leoncio, que soñaba con llevarla a su casa de soltero, acompañaba frecuentemente a Juanita, pero tal compañía no servía a la muchacha sino para comparar la diferencia que había entre el muchacho rico y Tomás.

Este, en cambio, no veía en Leoncio sino el rival poderoso que iba a arrebatárle a la mujer más encantadora que había encontrado en la vida.

Por eso se abstenía de demostrarle su amor y sufría en silencio, inconsciente de que con su actitud hacía sufrir también a Juanita.



...que soñaba con llevarla a su casa de soltero...

* * *

Una tarde se fueron los cuatro de excursión. La "Rubiales" formaba pareja con Tomás, para suplicio de éste, que ni siquiera se podía consolar con la soledad de la amargura que le producía el ininterrumpido flirt de Juanita y Leoncio.

Después de la merienda, el escritor aprovechó la primera oportunidad para escabullirse, dejando a la "Rubiales" sola y aburrida.

Por cierto que ello fué motivo de una pequeña catástrofe.

Para entretenerse comenzó la solitaria a co-retear por el campo, llegando a las proximidades de una choza de donde surgió de pronto un perro que por sus instintos era una mezcla de león, pantera y toro de Miura.

Sólo tuvo tiempo de encaramarse a un árbol. Pero tampoco allí pudo considerarse a salvo. El perro saltaba como un tigre y en menos que se cuenta hizo a banderas el pendiente vestido de la "Rubiales".

A los gritos de ésta, acudió Leoncio. Ahuyentó al animal y ayudó a bajar del árbol a la "Rubiales, apresurándose a entregarle su americana para que se cubriera lo que los ojos de los hombres sólo pueden ver en las revistas teatrales.

Pero esto no tiene para nosotros importancia. Lo importante es que Juanita, al quedarse sola se fué en busca de Tomás y lo halló reclinado en el tronco de un árbol y escribiendo cuartillas.

—¿Qué escribe usted, Tomás?

—El artículo que le prometí escribir si usted se enamoraba de Leoncio.

—Creo que no debe usted escribirlo.

—¿Por qué?

—Es... prematuro.

—He adquirido la convicción de que con cuarenta dólares al mes un hombre no puede ser feliz en la vida.

—¿Ni encontrando una buena compañera?

—Los tiempos han cambiado mucho. Hoy es preciso tener dinero para hallar una buena esposa. He aquí mi nueva tesis.

—No escriba usted ese artículo, Tomás; se lo ruego.

—Pero, ¿por qué?

No sabemos lo que iba a contestar Juanita, cuando llegó hasta ellos una llamada de Leoncio.

Se hacía de noche. Había que emprender el regreso inmediatamente.

* * *

A la noche siguiente, durante la cena ya casi cotidiana, Leoncio faltó a la ley seca y purgó su delito.

Su embriaguez le hizo empeñarse en entrar en casa de Juanita en vez de despedirse a la puerta como de costumbre.

Y no sólo entró sino que comenzó a tocar el piano, despertando a toda la familia.

Acudió Tomás extrañado y Juanita recurrió a él segura de que se prestaría a protegerla.

—Hágale marchar, Tomás. Está embriagado y no puedo con él.

Tomás hizo levantar a Leoncio del piano, y, con energía, pero sin rudeza, le obligó a tomar el camino de la puerta.

—Ya lo creo que me voy. Buena la haría si me casase con una mujer de teatro.

Tomás, al oír el insulto, lo hizo salir de la casa a empujones.

Juanita estaba llorando. Había acudido la "Rubiales".

—¿Por qué lloras?

—Leoncio me ha insultado.

—Imposible. Nada de lo que diga un millonario puede considerarse un insulto.

—Perdone si me he entrometido, Juana; pero no podía consentir que la insultaran en mi presencia.

—Gracias, Tomás, gracias. Cada vez me parece más indigno de mí ese Leoncio.

—¿Verdad?—preguntó Tomás ilusionado.

—Verdad.

Se cogieron las manos y quién sabe cómo habría concluido aquello de no estar presente la "Rubiales".

* * *

Momentos después la "Rubiales" llamaba al cuarto de Tomás.

—Aunque me llame usted entrometida, quiero decirle que haría usted muy mal en desviar a Juanita de Leoncio. Leoncio es para ella la riqueza, el bienestar de sus padres, la vida tranquila. ¿No lo comprende usted?

Tomás estaba pensativo. Comprendía, sí, comprendía.

Y tristemente, sin decir nada, entró en su cuarto y cerró la puerta.

VI

Al día siguiente estaba Tomás invitado a cenar con la familia Roberts.

El huésped, olvidando los razonables consejos de la "Rubiales", había ayudado a Juanita a cocinar.

La cena prometía ser inolvidable.

Pero he aquí que apenas se hubieron sentado a la mesa, sonó el timbre del teléfono y al acudir Tomás a la llamada pudo advertir, con la consiguiente contrariedad, que era Leoncio el que hablaba.

Quería a toda costa dar una explicación a Juanita. Si no obtenía su perdón se habría acabado para él la tranquilidad.

Tomás estuvo tentado de contestar que Juanita no estaba en casa, pero se dió cuenta de que aquella conducta era impropia de un hombre noble y dió a la muchacha el recado.

—Es preciso que la vea a usted ahora mismo—oyó Juanita que le decía Leoncio—. Estoy en la esquina. Además de excusarme he de hablar a usted de un asunto de gravedad.

Juanita resolvió acudir a la llamada para terminar de una vez aquel asunto y al ver que se ponía el abrigo y el sombrero, Tomás resolvió marcharse también. No podía seguir siendo testigo de semejantes escenas.

Pero Juanita le detuvo.

—No se vaya usted, Tomás. Vuelvo en seguida. Prométame que me esperará. Tengo mucho interés en que cenemos todos juntos esta noche.

El estado de ánimo de Tomás cambió instantáneamente.

—Vaya tranquila, Juanita. La esperaré aunque se mude de mundo.

Apenas se hubo marchado la muchacha, Tomás se apresuró a salir, pero fué para volver en seguida.

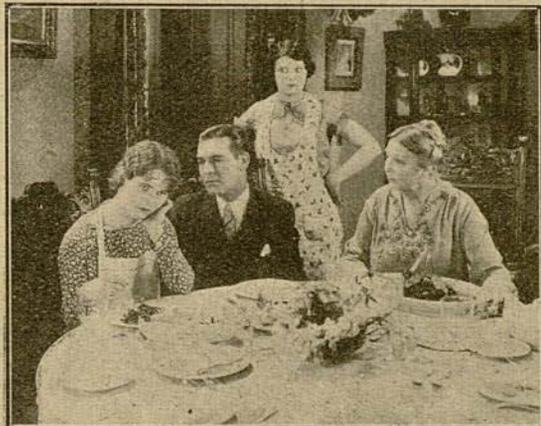
Estaba muy contento. Bailaba de gozo.

Entretanto la comida seguía esperando sobre la mesa.

La "Rubiales", con su intuición femenina, creyó descubrir la causa.

Se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué le ha dicho Juana que está usted tan contento?



...y dió a la muchacha el recado.

Tomás se limitó a mostrarle un anillo que acababa de comprar.

La "Rubiales" puso el grito en el cielo.

—No haga usted eso, Tomás. ¿No comprende que si impide usted que se case con Leoncio le quita usted la ocasión de ser rica y feliz? Deje usted de una vez la idea de los cuarenta dólares

mensuales. Aquí tiene usted un ejemplo de las desdichas que un sueldo así produce.

Y señalaba a los señores de Roberts.

Al oír esto la anciana se levantó de la mesa y yendo hacia la "Rubiales" le dijo enérgicamente:

—¿Qué dice usted? ¿Desdichados nosotros? Ojalá Juanita encontrara un marido como el que yo encontré: pobre, pero que supiera respetarla y hacerla feliz.

Algo más iba a decir la señora de Roberts, pero Tomás se lo impidió arrojándose en sus brazos y estrechándola contra su pecho en un abrazo lleno de amor filial.

* * *

La alegre escena que siguió fué interrumpida por la aparición de Juanita, la cual manifestó inmediatamente:

—He de daros una gran noticia.

Extendió su mano izquierda mostrando a todos los presentes un anillo con un hermoso brillante.

—Soy la prometida de Leoncio.

La "Rubiales" se mostró muy alegre. Los señores de Roberts se encogieron de hombros. Si ella lo quería...

Pero Tomás acogió la noticia de modo muy distinto. Estuvo un momento cabizbajo e indeciso, pero de pronto vociferó:

—¡No puede ser! ¡No puede ser! Ni tú quieres a Leoncio, ni Leoncio te quiere a ti. Si te casas con él vas a ser muy desgraciada. En cambio, yo estoy seguro de hacerte feliz. Por consiguiente...

Y la cogió por un brazo, le quitó el anillo a viva fuerza, lo arrojó por la ventana y le puso el que él había comprado.

La Rubiales había lanzado un grito de horror. Tomás había arrojado por la ventana lo menos cuatro o cinco mil dólares. Había que ir sin pérdida de tiempo a recuperar aquella fortuna.

Se fué acompañada de los señores de Roberts y logró encontrar la sortija. Pero al verla de cerca se dió cuenta de que en vez de cinco mil dólares valdría poco más de cinco centavos.

Cuando volvieron a la habitación con el anillo y con la noticia, Tomás y Juanita estaban abrazados.

—Haces bien, chica, en aceptar a Tomás. Ahora me he convencido de que ese Leoncio, ni es millonario, ni tiene vergüenza. ¿Sabes lo que vale este anillo?

—Medio dólar — repuso Juanita rápidamente—. Yo misma lo he comprado en el bazar de la esquina, para ver si hacía hablar claro de una vez al esposo de cuarenta dólares.

Y, como todos esperaban, la cena de aquella noche fué inolvidable por lo feliz.

F I N

Ha sido revisado por la Censura

En breve, la magnífica novela en veinte cuadernos

**De vendedora de periódicos
a estrella de cine**

Inmejorable presentación

Portada a colores

Ilustraciones en el texto,
ameno y nutrido

**1 cuaderno semanal,
los jueves**

Precio: 25 céntimos

Se admiten suscripciones

¡La mejor novela del año!

Formidable éxito en las
selectas Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
del gran asunto

ICAROS

por **Ramón Novarro**

Pida este libro en cualquier
quiosco o librería de España

Precio: 1 peseta

Esta semana ¡Acontecimiento!

**El Conde de
Montecristo**

Lujosa presentación

¡2 tricromías!

Precio: 1 peseta

PRONTO, la esperada colección
BIBLIOTECA
RODOLFO VALENTINO

Todos los asuntos interpretados por este
inimitable artista.

Primer número:

“COBRA”

Precio: 50 céntimos

Le interesa **La Novela de la Modistilla**
30 cts.

Gran éxito de

La Novela Sentimental

Precio: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1